



## 07/Lugar e importancia de la pastoral a favor de las personas con discapacidad en el ministerio de la iglesia

José L. Redrado, O.H.,  
Obispo titular de Ófena,  
Secretario emérito del Pontificio Consejo para la Pastoral de la Salud.

El tema del lugar y de la importancia que tiene la pastoral a favor de las personas con discapacidad, es muy amplio y complejo en el ministerio de la Iglesia. Por consiguiente, requeriría un espacio mucho más grande de lo que pueda disponer en esta circunstancia, pero seguramente también de una nutrida multiplicidad de competencias. Por ello, se tocará el tema de modo sintético, siguiendo tres líneas: en primer lugar, una rápida mención de su relación con la reflexión más amplia sobre el mal, el dolor y el sufrimiento en las culturas antiguas y en las grandes religiones orientales. Luego, en forma breve, se presenta la visión que nos ofrece la revelación judaica y aquella cristiana. Finalmente, se ofrece un resumen de la respuesta práctica y concreta de la comunidad cristiana al sufrimiento y al dolor a lo largo de la historia, y termina con una breve reflexión sobre la comprensión y la actualidad de la actividad de la Iglesia a favor de los enfermos y de los que sufren en el arco de la misión evangelizadora del autor.

Palabras clave: *Sufrimiento, Pastoral, Mal, Discapacidad, Iglesia.*

The topic of the place and importance of the pastoral in support of people with disabilities is wide and complex in the ministry of Church and it would require more space and a multiplicity of competences to be treated in depth. Therefore, the topic will be treated in a synthetic way along three main lines: Firstly, a passing mention of the relationship with a widest reflection about the evil, the pain and the suffering in the ancient cultures and major oriental religions. Secondly, a brief approach about the vision of the Judeo-Christian revelation. And, finally, a summary about the Christian community's practical answer to the pain throughout history, that ends with a brief reflection about the comprehension of the current activity of the Church in favor of patients and sufferers within the framework of author's mission of evangelization..

Palabras clave: *Suffering, Pastoral, Evil, Disabilities, Church.*

## Experiencia del mal y del sufrimiento: inadecuación del discurso humano.

Hablar de la discapacidad o del handicap nunca ha sido fácil: se trata siempre de situaciones de profundo sufrimiento físico, psicológico o espiritual, de dificultad, porque incide en la autonomía personal. En palabras pobres, de algún modo todos estamos involucrados emotivamente. Por tanto, nuestro discurso sobre el tema se convierte en un testimonio personal, hasta el punto que los aspectos emotivos y subjetivos prevalecen en el análisis objetivo del fenómeno y de sus implicaciones.

Además, no siempre nuestras palabras logran transmitir bien nuestras sensaciones y las realidades que subyacen, ya que nuestra vivencia no se deja encerrar fácilmente en las palabras humanas. De aquí que, con la complicidad de la cultura contemporánea que esconde y margina el dolor y el sufrimiento replegándolos al ámbito privado, surge la tentación de remover o de mantener todo dentro de uno mismo.

Sin embargo, las dificultades mayores se prueban cuando uno quiere dar sentido al propio sufrimiento y al de los demás. No obstante la universalidad del sufrimiento y del mal en la experiencia humana, los caminos se diferencian de manera increíble.

Afortunadamente, en nuestros días la discapacidad ya no es un tabú, algo de lo que hay que esconderse, avergonzarse y no hablar, salvo en voz baja, con palabras veladas y con las personas más íntimas. Incluso las instituciones públicas, las organizaciones nacionales e internacionales, así como las diferentes asociaciones, discuten sobremanera, solicitan medios y buscan caminos eficaces para afrontar y aliviar las dificultades de las personas con discapacidad y de sus familiares.

En este sentido, las entidades estatales y paraestatales, así como los organismos y las agencias internacionales, elaboran leyes, protocolos y convenciones para tutelar el derecho de las personas con discapacidad a gozar de cuidados adecuados y posiblemente a participar en la vida de las sociedades donde viven. Dicho interés y compromiso requieren un esfuerzo de todos y debe ser sostenido por todos.

El tema del lugar y de la importancia que tiene la pastoral a favor de las personas con discapacidad, es muy amplio y complejo en el ministerio de la Iglesia. Por consiguiente, requeriría un espacio mucho más grande de lo que podemos disponer en esta circunstancia, pero seguramente también de una nutrida multiplicidad de competencias.

Por ello, se tocará el tema de modo sintético, siguiendo tres líneas: en primer lugar, una rápida mención de su relación con la reflexión más amplia sobre el mal, el dolor y el sufrimiento en las culturas antiguas y en las grandes religiones orientales. Luego, presentaré en forma breve la visión que nos ofrece la revelación judaica y aquella cristiana.

Finalmente, ofreceré un resumen de la respuesta práctica y concreta de la comunidad cristiana al sufrimiento y al dolor a lo largo de la historia, y terminaré con una breve reflexión sobre la comprensión y la actualidad de la actividad de la Iglesia a favor de los enfermos y de los que sufren en el arco de mi misión evangelizadora.

## 1/

### Culturas y religiones antiguas: origen y sentido del mal y del sufrimiento.

La reflexión sobre la discapacidad vivida cotidianamente se enlaza con aquella más amplia en torno al origen y sentido del mal y del sufrimiento en el mundo. Cuanto más lejos va la investigación en la historia, se descubre que el sufrimiento, el dolor, la enfermedad y la muerte siempre han gravado pesadamente la condición humana de inquietud y de incertidumbre.

En las culturas y religiones más antiguas encontramos, pues, un inmenso pero constante esfuerzo para comprender, explicar y exorcizar ya sea el dolor como la muerte, a través de la búsqueda de su sentido y origen. Los éxitos son diferentes, a menudo inconcluidos y contradictorios, según la concepción que se tiene del mundo y del hombre. En la infinidad de posiciones asumidas por las culturas antiguas y por las religiones, sobresalen cuatro figuras principales que recogen la explicación de la condición del mal y del sufrimiento que afligen al hombre.

En primer lugar, tenemos la figura tradicional según la cual el universo y el hombre son sustancialmente buenos y, por tanto, el sufrimiento es un intruso que perjudica dicha bondad. Es originado por una culpa cometida o por un maleficio cuyos autores son las fuerzas contrarias al hombre. En segundo lugar, encontramos la posición de las grandes religiones orientales que proponen una línea de pensamiento que prevé la extinción del sufrimiento.

Para el Hinduismo, el sufrimiento es estructural al devenir cósmico, ya que es consecuencia de la caída del hombre de la eternidad divina a la temporalidad de las criaturas. Para el Budismo, en

cambio, el ser del hombre es doloroso porque es mutable debido a su sustancial inconsistencia. Su liberación pasa a través de un trabajoso proceso de purificación de diversos grados que culminarán en el cese de todo deseo y el logro de la tranquilidad. La tercera figura es aquella denominada dualista según la cual existen dos principios igualmente originarios y antitéticos: bien y mal, espíritu y materia, luz y tinieblas..., que coexisten en el mundo decaído pero están destinados a permanecer separados hasta el final gracias a la intervención redentora y también a la práctica ascética y penitencial.

En fin, la cuarta figura, típicamente filosófica, es aquella de la apatía divina según la cual las características principales de Dios son la inmutabilidad y la apatía como ausencia en Él de toda forma de sufrimiento (**Aristóteles**). Para **Platón** y **Plotino**, el Uno divino está más allá del múltiplo y del devenir. Platón afirma: **“De los males es necesario buscar las causas en otras causas, mas no en Dios”**. ¿Y el sufrimiento en el mundo de los hombres? Es considerado como el camino de la sabiduría y de la liberación, hasta llegar a la indiferencia apática.

## 2/

### Revelación judaica: origen y sentido del mal y del sufrimiento.

No obstante que el Antiguo Testamento no ofrezca una respuesta sistemática, en este fondo cultural se insertan la reflexión y la tradición judíasobreelmal y el sufrimiento con **“una riqueza y una originalidad del todo singulares”**. El elemento central es la intervención de Dios en favor del hombre en la historia de la salvación marcada por la alianza del Sinaí por lo que

LH n.325

“También el sufrimiento es comprendido y vivido en el espacio de esta relación personal y salvífica con Dios”.

El origen del sufrimiento en el AT lo encontramos en la reflexión sapiencial sobre la existencia humana que se desenvuelve en el amplio horizonte de la Alianza con Yahvéh. Según las narraciones del libro del Génesis, es

“El pecado, es decir, la libre elección del hombre que se opone a Dios y transtorna la correcta relación con su semejante y con la naturaleza”.

Si tratamos de saber si ante la ausencia del pecado no habría habido el sufrimiento, las respuestas son diferentes: en el libro de la **Sabiduría 1,13-14 y 11, 26**, la respuesta es afirmativa, mientras en general se impone el realismo frente a la condición humana confrontada con el límite, el cansancio y el dolor. También sobre el significado del sufrimiento existe en la Biblia una pluralidad de respuestas que, sin embargo, convergen en un punto central: la relación entre Dios y el hombre. Las propuestas principales son cuatro.

La primera pone en primer plano el carácter punitivo y pedagógico del sufrimiento. Tampoco se encuentra el esquema en el libro del Génesis donde el sufrimiento es presentado como la pena por el pecado cometido por el hombre y cuya heredera es la humanidad considerada en su totalidad (**Gn 3,16-19**). Con respecto a la condición individual, la figura se vuelve concreta en la teoría retributiva: los justos son felices y los malos son desgraciados (**Cf. la posición de los amigos de Job: Job 32-37**). Como la tesis arriba descrita no es corroborada por la vivencia personal, entonces se requiere una segunda propuesta: la liberación-compa-

sión que pone de relieve el libro del **Éxodo (Ex 22,20-24; 23,1-9)**. Dios interviene libremente, gratuitamente, como redentor de su pueblo y en virtud de la fidelidad a su nombre, a la elección de Israel como su pueblo y su alianza con él: Dios es el Misericordioso. El enlace entre estas dos últimas figuras sirvió para profundizar la reflexión sobre el sufrimiento, sobre todo cuando éste afecta al inocente.

Es la tercera meditación, o sea el silencio de Dios frente al sufrimiento injustificado [**Jeremías (11,18-12,6;20,1-2), Lamentaciones, Job (20,14-17)**]. La respuesta de Dios, siempre pronta, es su cercanía que no disminuye ni siquiera en medio del tormento del dolor. Por tanto,

“Más allá de su origen próximo o remoto, el sufrimiento tiene sentido según como a través de él el hombre sigue viviendo como hijo de Dios, teniendo plenamente confianza en El con una perseverancia paciente”.

La cuarta orientación en la búsqueda de sentido del sufrimiento en el AT es cuando se configura la respuesta última, ya no como obra del hombre, sino de Dios mismo. Se trata del sufrimiento como expiación o instrumento de redención.

La figura se vuelve concreta en el personaje del siervo de Dios que encontramos en los poemas del **Déutero-Isaías**. La víctima no sufre por sus culpas, sino por las de los demás. Por tanto, el sufrimiento en su dura realidad, se convierte en “instrumento de salvación”.

En dicha perspectiva, el sufrimiento no es querido por Dios en cuanto tal, sino es inherente a la condición humana dañada por el pecado. Sin embargo, si es vivido en obediencia a Dios, se convierte en un instrumento de redención mediante la expiación de los pecados. La profundización de esta veta conducirá al concepto de vida después de la muerte (**2 Mac 7, 9**).

### 3/

## Revelación cristiana: El Reino de Dios como compasión liberadora y el acontecimiento pascual como obra de Redención.

### 3/1

El anuncio/acontecimiento del Reino como compasión y liberación.

El ministerio terreno de Jesús en su doble aspecto de anuncio de la Buena Nueva y de actuar concreto se evidencia como realización eficaz de la venida entre los hombres del Reino de Dios prometido, y se caracteriza por la autoridad mesiánica y filial que emana de su persona. De hecho,

“...Jesús se presenta como el rostro perceptible de la compasión misericordiosa de Dios para con sus hijos y, de modo particular, hacia los pobres y los marginados, hacia los que están afligidos por todo género de sufrimiento, los pecadores. A nivel personal, el sufrimiento no está vinculado al propio pecado. Jesús ha venido más bien a perdonar los pecados, abriendo un nuevo espacio de vida con el Padre y entre los hermanos y... a liberar al hombre de las diferentes formas de sufrimiento físico, psíquico y espiritual”.

La quincena de milagros de sanación que encontramos en la actividad terrena de Jesús irra-

dia su relación de compasión y de confianza hacia las multitudes que adolecen de todo tipo de dolor. De aquí el doble significado de la actitud de Jesús: por un lado está manifiesta la voluntad de Dios y su plan de liberación del hombre de su situación de sufrimiento cualquiera que sea su origen, pecado personal o del mundo; por el otro, está el hecho de que, aunque su cumplimiento está prometido en el mundo que vendrá, dicha liberación ya desde ahora produce gracias en sus secuaces. Además, hay que observar que la conciencia que Jesús tiene de sí mismo se caracteriza por el sentido de una obediencia al designio de Dios como camino necesario para la realización de la redención en la perspectiva del siervo de Dios de los **Cantos del Siervo sufriente del Déutero-Isaías (Is 42,1-7; 49,1-9; 50,4-9; 52,13-53,12)**.

### 3/2

El acontecimiento pascual y la ascensión del sufrimiento como medio de redención.

En la comprensión del significado de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, es preciso distinguir sin separar nunca las dos dimensiones, es decir, la experiencia vivida por El con el sentido que le ha dado y la lectura interpretativa de la comunidad apostólica. En la conciencia de Jesús, a la prueba de las múltiples referencias explícitas de su predicación, las predicciones y la última cena, su sufrimiento y su muerte son el signo de ofrenda de su vida por la salvación de la humanidad.

En lo que se refiere al entendimiento post pascual de la muerte y resurrección de Jesús, sobre una cosa no hay ni siquiera una sombra de duda: el “Cristo crucificado” es la llegada de la salvación. Este acontecimiento se ha convertido en la llave para entender el mesianismo del **Déutero-Isaías** y, sobre todo, de la enseñanza y de la acción global de Jesús así como la de Dios mismo: no sólo Dios se revela Padre de Dios mismo: no sólo Dios se revela Padre de misericordia, sino también a través de su Hijo encarnado, reviste la condición humana asu-

miendo las implicancias y las consecuencias de la acción pecaminosa de la humanidad con el fin de rescatarla. La novedad del NT referente a la existencia del mal y del sufrimiento es que Dios mismo asume el sufrimiento humano, a través de su Hijo, revelando eficazmente el significado redentor y expiatorio en la luz del amor.

### 3/3

#### Recepción teológica.

¿Cómo ha sido acogido y desarrollado nuestro tema de la reflexión cristiana en el curso de la bi-milenaria historia de la Iglesia? La patrística y la escolástica lo han tratado siguiendo las directrices deducidas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, así como del pensamiento griego, pero sin llegar a una síntesis que haga justicia a la originalidad cristológica. La doctrina tradicional excluye cualquier implicación de Dios en el sufrimiento existente en el mundo, e indica la causa del pecado en el hombre. Por tanto, Jesucristo, a través de su naturaleza humana sufre en expiación de los pecados de la humanidad y nos enseña a soportar todo tipo de prueba y de dolor para expiar, por medio de Él, nuestras culpas y las de los demás.

Impulsada por sus desarrollos extremos, dicha posición llegó a su culmen pero también a la crisis definitiva con la teodicea de **Leibnitz**, según la cual Dios creó “el mejor de los mundos posibles” y, por tanto, el sufrimiento sería un mal necesario en vista de un bien más grande y definitivo. Al no ser satisfactoria, dicha solución provocó burla y crítica hasta el punto que intervino con vehemencia el ateísmo de protesta, según el cual el mal y el sufrimiento son la prueba cierta de la no existencia de Dios. Y así regresamos al punto de partida. Como reacción a esta posición más bien de regreso, la reflexión contemporánea, teológica o filosófica que sea, se esfuerza para redescubrir el lugar central de Cristo Crucificado, no obstante la difundida y desencantada intolerancia o, en lo opuesto, el impelente llamado a formas de in-

terpretación antiguas y seguramente inadecuadas. Además de esto, la cuestión del sufrimiento del inocente, que en cuanto tal se puede definir “inútil”, permanece intacta en la conciencia del hombre contemporáneo. Entonces, ¿podemos hablar aún de Dios después de Auschwitz?

Se preguntaba **Elie Wiesel**. Será irremediablemente impracticable cualquier solución poco atenta a dichas interrogantes o a aquellas situaciones de pobreza, de injusticia y de sufrimiento, definidas por teólogos de la liberación “el revés de la historia”, y que implican a gran parte de la población mundial.

Recientemente, orientándose en un horizonte hermenéutico de la revelación, la reflexión teológica y del magisterio ha afrontado la cuestión de la relación Dios-Sufrimiento en una perspectiva más profunda y más renovada. El sufrimiento se debe comprender a la luz del acontecimiento cristológico y de su culmen pascual de muerte, resurrección y de efusión del Espíritu Santo. Esto significa que, siendo el sufrimiento la herencia del hombre - en cuanto estructural a su condición limitada, histórica y turbada por la realidad del pecado -, Dios no se echa atrás, sino lo asume en su Hijo Jesucristo, con el fin de convertirlo mediante de la acción del Espíritu Santo, en instrumento para el crecimiento humano y la salvación.

Por tanto, con la mirada dirigida a Jesucristo crucificado y abandonado, aún siendo en sí un valor negativo pero que puede volverse pedagógico, expiatorio, de perfeccionamiento del hombre en su relación con Dios, el sufrimiento se vuelve más íntimamente “sacramento del encuentro con Dios” porque Dios lo ha asumido haciéndolo propio. La reflexión sobre la naturaleza, el origen, el sentido del sufrimiento y de su relación con Dios todavía tiene largos días delante de sí. Problemas múltiples y pertinentes permanecen abiertos como, por ejemplo, el discutido y actual tema del sufrimiento de Dios o el de la relación entre Dios y el sufrimiento de quien no cree o no es consciente de su propio sufrimiento.

La conciencia que Jesús tiene de sí mismo se caracteriza por el sentido de una obediencia al designio de Dios como camino necesario para la realización de la redención en la perspectiva del siervo de Dios

Esto significa que la Iglesia estará siempre animada en su reflexión y en su praxis por esta realidad misteriosa que es el sufrimiento, que

“Constituye en sí mismo casi un “mundo” específico que existe junto con el hombre, que aparece en él y pasa, pero a veces no pasa, sino se consolida y profundiza en él”.

## 4/

### Aspectos históricos sobre la evolución de las estructuras eclesiales de asistencia y de cuidado de los más necesitados.

La meditación en torno al mandamiento del Señor, que hace inseparable el amor de Dios de aquel al prójimo, movió para que las primeras comunidades cristianas compartieran fraternamente sus bienes (**Hch 4, 34-35**). Y más adelante, con el crecimiento y la diversificación de las comunidades, la organización de la hospitalidad y de la comparticipación se convirtió en una necesidad (**Hch 6,1-6**).

En esta fase, las intervenciones en favor de los enfermos son esporádicas pero significativas, casi como las actuadas por Jesús durante su ministerio (**Hch 3,2-8; 14,8-10**). Por tanto, la actividad de los Apóstoles está dominada sobre todo por la preocupación de anunciar la Buena

Nueva del Ministerio Pascual. Y, sobre todo, es a partir del siglo II d.C. que la organización de la hospitalidad y de la asistencia es estructurada de modo permanente para responder también a nuevas exigencias.

### 4/1

#### La Iglesia: de la Hospitalidad a los Hospitales.

Las relaciones entre la medicina, la terapia y el mundo sagrado son muy antiguos como lo atestiguan las culturas de Mesopotamia y Egipto, donde dominaba el elemento teocrático - sacerdotal. En el curso de los siglos I-IV a.C., la cultura griega, primero con Hipócrates y luego con Aristóteles, rompió con la concesión mágico-religiosa para dar lugar a la medicina como ciencia autónoma. Al intervenir en el mundo del sufrimiento, la Iglesia es contemporáneamente heredera de las dos perspectivas precedentes. Sin embargo, su aporte tiene una originalidad propia que es representada por el espíritu caritativo que impregna su obra de asistencia así como de la nueva valoración de los valores humanos con respecto al mensaje evangélico.

La primera respuesta eclesial estructurada para responder a las exigencias de la hospitalidad evangélica se vuelve concreta en las diaconías que surgieron cerca de los oratorios o de las iglesias de los monasterios (**s. I-III d.C.**). Al asistir al obispo en la administración de la Iglesia, el diácono tenía que ocuparse de los enfermos, de las viudas y de los extranjeros. Poco a poco, junto a las diaconías surgió otra estructura autónoma, el xenodoquio, que inicialmente fue destinado a la acogida, a la hospitalidad y al cuidado de los peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela, a Jerusalén o a Roma. Más adelante, dicha estructura acogerá también a los viajeros y comerciantes que se detendrán por cierto tiempo en la ciudad. Hablando históricamente, hasta el s. IX° d.C. el xenodoquio fue considerado como la estructura eclesiástica correspondiente al hospital moderno.

En el año 376 se realizó un grande hospital cerca de Cesarea en Capadocia por obra de S. Basilio. Fabiola y Pamaquio hicieron lo mismo en Roma. Con la solicitud y los estímulos del Papa Gregorio Magno, se construyeron numerosos hospitales fueron en todas partes donde podía llegar la voz de la Iglesia. La autoridad eclesiástica reglamentaba su jurisdicción y su organización.

El pasaje del feudalismo a las administraciones comunales, como consecuencia del declino de la autoridad imperial (s. IX-X), marcó el inicio al conocido particularismo típico del Medioevo, y, al mismo tiempo, a una forma de corporativismo hospitalario de nombre “universitas”, bajo la guía de un magister. La universitas estaba formada por personas enfermas y por aquellas sanas reunidas en confraternidades dirigidas por reglas religiosas.

El desarrollo de las ciudades y de las municipalidades en los dos siglos posteriores indujo a la realización de hospitales de grandes dimensiones en lugar de las precedentes estructuras vinculadas con las iglesias monásticas o a las catedrales. De todos modos, también en este turbulento contexto, la autoridad eclesiástica continuó controlando la supervisión en las organizaciones de asistencia sanitaria. Entre los siglos XI y XIII, los primeros éxitos de las cruzadas contra los Turcos con la finalidad de liberar los lugares santos, dieron lugar al nacimiento de las órdenes monásticas militares para la defensa de las posiciones conquistadas pero también para el cuidado de los peregrinos y la asistencia de los mismos en su viaje hacia Palestina. Por ejemplo, se puede citar a la Soberana Militar Orden de Malta, a la Orden Teutónica, La Orden del Espíritu Santo y a los Hospitalarios de San Lázaro. El Renacimiento coincidió con un extraordinario progreso de las estructuras sanitarias. En este contexto surgió una novedad absoluta en el sector sanitario: el nacimiento de las órdenes religiosas netamente hospitalarias.

Entre las más conocidas tenemos la orden de S. Juan de Dios o Fatebenefratelli, y la de los Misioneros de los Enfermos o Camilos, fun-

dada por S. Camilo de Lellis. La expansión de estas órdenes mejoró mucho la calidad de los cuidados médicos y espirituales, garantizando al mismo tiempo la continuidad del servicio.

El período del Renacimiento puso en marcha numerosas y profundas transformaciones sociales y políticas que provocarán situaciones negativas en las relaciones entre Estado e Iglesia Católica. Después del 500, luego de la Reforma protestante en Inglaterra y en Alemania, la responsabilidad de la asistencia pasó a las Municipalidades. De este modo, la sanidad se convirtió en una tarea del Estado aunque, no obstante las dificultades y a través de las órdenes y las nuevas congregaciones religiosas, la presencia de la Iglesia en este sector nunca disminuirá en los siglos posteriores. El siglo XX° conoció una profunda revolución de la medicina gracias a los diferentes descubrimientos científicos: la práctica de la anestesia, los antibióticos, etc., pero gracias también a la organización hospitalaria más idónea y al desarrollo de la investigación en la medicina y en la cirugía.

En el nuevo contexto, aún confirmando las orientaciones anteriores a la presencia física y espiritual en la sanidad, la Iglesia tiene como objetivo comprometerse con fuerza en la promoción de los derechos del hombre, especialmente con respecto a la protección de la vida desde su concepción hasta su término natural.

#### 4/2

**Iglesia y mundo de la salud:  
una presencia cada vez más calificada.**

La Iglesia Católica está presente capilarmente en el mundo del sufrimiento a través de estructuras sanitarias propias o que están bajo su gestión. En los últimos decenios, la Iglesia se ha dotado, incluso a nivel universal, de organismos de reflexión, promoción, coordinación y animación de la pastoral de la salud. El 11 febrero de 1985 el **Papa Juan Pablo II** instituye, con el Motu Proprio “**Dolentium Ho-**

**minum**” la Pontificia Comisión de la Pastoral para los Agentes Sanitarios; dicha Comisión se convertirá, con la reforma de la Curia romana, (**Constitución Apostólica “Pastor Bonus”, 28 junio 1988**) en Pontificio Consejo. Su finalidad es manifestar la solicitud de la Iglesia a favor de los enfermos y de los que sufren, a fin de que el apostolado de la misericordia responda cada vez mejor a las nuevas exigencias. En este marco, junto con las varias publicaciones, cada año se organiza una Jornada Mundial del Enfermo y una Conferencia internacional sobre un tema sanitario de actualidad.

En colaboración con las Iglesias locales, las Organizaciones Católicas Internacionales y otras instituciones, el Pontificio Consejo tiene como tarea

“Hacer conocer la doctrina de la Iglesia en los aspectos espirituales y morales de la enfermedad y el significado del dolor humano”.

Para afrontar los difíciles problemas planteados por la Bioética, el 11 de febrero de 1994 se instituyó la Academia por la Vida. Asimismo, existen asociaciones de médicos, de enfermeros y de farmacéuticos católicos; tampoco podemos olvidarnos de las numerosas fundaciones y federaciones de grupos de voluntarios en ámbito sanitario, que obran en diferentes y difícilísimas realidades.

El compromiso de la Iglesia en el campo de la salud y de la enfermedad es amplio. El espacio de este trabajo no permite considerar todos sus aspectos. Por tanto, confío al lector los datos referentes a las instituciones católicas sanitarias y asistenciales para una valoración personal, también para salvaguarda de la conciencia que las instituciones son muy importantes e indispensables; ninguna de ellas podrá sustituir nunca al corazón humano, «cuando se trata de salir al encuentro del sufrimiento del otro».

## 5/

### Vivir el Evangelio o la elección de los últimos.

Entre las enseñanzas de Jesús sobre la elección por el Reino, hay una bastante desconcertadora pero muy significativa para nuestro tema: la elección de los últimos como criterio de reconocimiento de la presencia del Reino de Dios en la vida del discípulo. Dicha enseñanza la encontramos en las consideraciones para la elección de los invitados (**Lc 14, 12-14**) y la reacción del rey a quien se le había rechazado la invitación al banquete de bodas de su hijo. En lo que respecta la elección de las personas por invitar, el Señor dice:

“Cuando des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; no sea que ellos te inviten a su vez, y tengas ya tu recompensa. Cuando des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos; y serás dichoso, porque no te pueden corresponder pues se te recompensará en la resurrección de los justos” (**Lc 14,12-14**).

En el segundo episodio, habiendo constatado el rechazo a su invitación de parte de la gente en vista, dijo a su siervo:

“Sal en seguida a las plazas y calles de la ciudad, y haz entrar aquí a los pobres y lisiados, y ciegos y cojos... Porque os digo que ninguno de aquellos invitados probará mi cena” (**Lc 14,21.24**).

Los pasajes que acabamos de recordar proporcionan al creyente en Cristo los criterios de elección en su vida cotidiana, según el corazón de Dios, y traducen concretamente el mandamiento supremo del amor de Dios y del prójimo (Mt 22,37-40 y //). Con dichos criterios y siguiendo el ejemplo de la actitud de Jesús ante los últimos, la Iglesia ha buscado traducir en la praxis el otro mandamiento del Señor que une íntimamente el anuncio del Reino de Dios presente en medio de los hombres y el cuidado de los que sufren en su cuerpo y en su alma:

“Id proclamando que el Reino de los Cielos está cerca.

Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios. De gracia lo recibisteis; dadlo de gracia” (Mt 10, 7-8 e //).

Estos llamados a la enseñanza de Jesús, referentes al testimonio del amor evangélico en la vida de los creyentes individual o comunitariamente, ponen de relieve que la entrega de la Iglesia a la acogida y el cuidado de los que sufren, forma parte integrante de su misión, la de ser signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (LG n.1). Al curar u ocuparse de los enfermos y de los que sufren, la Iglesia afirma y defiende el primado de la vida y de la salud integral de los miembros del Cuerpo de Cristo que sufren y, como S. Pablo, completan en su carne lo que falta a los padecimientos de su Maestro a favor de la Iglesia (Cf. Col 1,24). Ella está profundamente segura de lo que afirma; el Card. Deskur, no duda en llamar a la persona con discapacidad que se deja plasmar por el Espíritu de Dios “instrumento de salvación para la sociedad humana”. Recordando el episodio de la invitación de Jesús resucitado a Santo Tomás de que constatará los signos dejados por la lanza y los clavos en su cuerpo, el Card. Anthony J. Bevilacqua precisa que las personas con discapacidad son instrumentos de salvación:

“El cuerpo de Jesús llevaba todavía las heridas de la pasión. Signos de sufrimiento primero, ahora se han convertido en prueba de su transformación en gloria. Como Tomás, el mundo tiene necesidad de la prueba de que la Iglesia es realmente el Cuerpo de Cristo a través de la presencia de nuestros hermanos y hermanas discapacitados entre nosotros”.

En la misma frecuencia de onda, pero en una perspectiva diferente, el Siervo de Dios Juan Pablo II escribe:

“Siguiendo la parábola evangélica, se podría afirmar que el sufrimiento, presente bajo numerosas formas en nuestro mundo humano, esté presente también para hacer surgir en el hombre el amor, característico de aquel don desinteresado del propio yo a favor de los demás hombres, de los hombres que sufren. El mundo del hombre que sufre invoca, por decir así, sin cesar otro mundo: el del amor humano; y el del amor desinteresado, que se eleva en su corazón y en sus obras, en cierto sentido el hombre lo debe al sufrimiento”.

La Iglesia es consciente de que no sólo ella da, sino también recibe abundantemente de las personas que sufren o que son minusválidas. Pero es preciso saber hacer crecer aquellas flores más puras de la fe y del amor que, según el escritor francés François Mauriac, se abren en el terreno contaminado del dolor. El Card. Deskur escribe al respecto:

“Teniendo en cuenta la realidad existente, creo que es urgente que la sociedad tome

conciencia del hecho que el aislamiento y la soledad que circundan a la persona discapacitada sofocan en ella los dones de la mente y del espíritu recibidos de lo alto. La experiencia demuestra que donde la comunidad entra en contacto físico, moral y espiritual con quien tiene dificultad de comunicar con el mundo externo a través de los caminos normales la persona discapacitada es capaz de generar altas obras de ingenio humano”.

Lamentablemente, la conciencia de todo esto no elimina los numerosos problemas que encuentran cotidianamente las personas discapacitadas en su camino. Las barreras por superar siguen siendo innumerables y complejas. Son de diferente tipo: cultural (el estigma, el culto del cuerpo bello y sano), físico (barreras arquitectónicas), social (laboral, relacional y tiempo libre), religioso (formativo, pastoral), etc. Con respecto a este último, el Card. Bevilacqua narra la siguiente reivindicación de una mujer con discapacidad visiva y auditiva, que había logrado igualmente formar parte del coro parroquial:

“Deseamos ardientemente la Palabra y la queremos escuchar como todos los demás: nosotros que somos discapacitados tenemos el derecho a la verdad y a ser miembros (¡sic!) del cuerpo de Cristo con el mismo privilegio de compartir su mesa”.

El autor de la intervención observa luego que las personas discapacitadas tienen derecho a la plena participación en la vida litúrgica y sacramental parroquial en virtud de su bautismo. Se trata de un concepto reafirmado por el Siervo de Dios Juan Pablo II en su discurso a los participantes en la VII Conferencia internacional organizada por el Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes Sanitarios: Personas discapacitadas en la sociedad (19-21/11/1992):

“El handicap, toda forma de handicap, no mella nunca la dignidad de la persona ni su derecho a la mejor calidad de la existencia... En efecto, vosotros sois miembros del Cuerpo de Cristo: ¡el cuerpo del Resucitado! ¡He aquí el verdadero fundamento de una dignidad indestructible! Una dignidad que resiste ante la afrenta de la muerte”.

De aquí el llamamiento del Card. Bevilacqua a nuestras actitudes y comportamientos frente a la discapacidad para no comprometer dicha dignidad: es necesario tener la conciencia no sólo de la presencia y de las exigencias de las personas con discapacidad sino también y sobre todo, de nuestras actitudes y sentimientos hacia ellas, porque estos constituyen la barrera primera y tenaz con la que se deben medir.

De hecho,

“A menudo para nosotros es más simple aislar e ignorar a las personas cuyas experiencias se encuentran cara a cara con el mito según el cual nosotros tenemos el control de nuestra vida y de nuestro destino”.

De la actitud que se manifiesta ante una persona con discapacidad trasluce de algún modo, no sólo el grado de fidelidad de cada uno a Cristo y a su Evangelio de la salvación, sino también aquel de la simple y genuina sensibilidad humana.

Concluyamos con estas proféticas palabras del Santo Padre Benedicto XVI, que estimula a todos, individuos y sociedad, e invita a cada uno de nosotros a medirnos con la realidad del misterio del mal y del sufrimiento:

“La medida de la humanidad se determina esencialmente en la relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto vale para el individuo y para la sociedad. Una sociedad que no acepta a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión para que el sufrimiento sea compartido y llevado también interiormente es una sociedad cruel”.

### Bibliografía

Asurmendi, J.

“Job” Éd. De l'Atelier/  
Éd. Ouvrières, Paris, 1999.

Baccarini, E.

“Il male tra libertà e responsabilità”,  
en Tangora, G. et Pompili, D. (a cura di),  
*Il male e i suoi volti*.  
Edizioni San Lorenzo,  
Reggio Emilia, s.d, pp. 201-222.

Bevalacqua, A. J.

“I disabili: parte vivente e vitale  
della comunità religiosa”,  
en Dolentium Hominum,  
22 (1993/1) 23.

Bovon, F.

“L'Évangile selon Saint Luc 9,51-14,35”.  
Labor et Fides, Genève 1996.

Cambier, J. Dufour, X.L.

“Misericordia”,  
en Dufour, X. L. (a cura di),  
*Dizionario di teologia biblica*.  
Marietti, Genova 19765, coll. 699-705.

Cappelletti, V.

“Donde hay amor por el arte  
médico hay amor por el hombre”,  
en Dolentium Hominum, 31  
(1996/1), pp. 12-14.

Carrier, H.

“Dizionario della cultura.  
Per una analisi culturale e l'inculturazione”,  
LEV, Città del Vaticano, 1997.

Cina, G. Locci, E. Rochetta,

C. Sandrin, L. (a cura di),  
“Dizionario di teologia pastorale sanitari”.  
Ed. Camilliane, Torino 1997

Cina, G.

“Antropologia nel mondo della salute”,  
en Cina, G., Locci, E., Rochetta,  
C., Sandrin, L. (a cura di),  
*Dizionario di teologia pastorale sanitaria*,  
Ed. Camilliane, Torino 1997, pp.55-78

Coda, P.

“Dieu et la souffrance”  
Cours Études pour la mission, huitième  
leçon UPM, 2004

Colzani, G.

«La paternità di dio e il male nel mondo.  
Confronto tra fede e ragione ».  
Tangora, G. Pompili, D. (a cura di),  
*Il male e i suoi volti*.  
Edizioni San Lorenzo.  
Reggia Emilia, s.d, pp 153-174.

Conde, J.

«El sufrimiento y significado de la vida»  
en Dolentium Hominum  
31, 1996, pp. 127-132

Comisión Episcopal para el  
Servicio de la Caridad y de la Salud (CEI),  
«Predicad el Evangelio y sanad los enfermos».  
*La comunidad cristiana y la pastoral  
de la salud (Nota pastoral)*,  
EDB, Bologna, 2006, n. 11.

Comisión Teológica Internacional,

“Fe e inculturación”,  
en Enchiridion Vaticanum,  
vol. 11, EDB, Bologna 1990, pp.846-895.

Concilio Vaticano II,

“Constitución Pastoral sobre la  
Iglesia en el mundo contemporáneo”.  
Enchiridion Vaticanum 1962-1965,  
EDB, Bologna 1993, pp. 1264-1466.

Cremona, C.

“La atención al enfermo  
en los Padres de la Iglesia”,  
en Dolentium Hominum,  
f31 (1996/1), pp. 37-41.

Deskur, A.M.

“La persona discapacitada, instrumento  
de salvación para la sociedad humana”,  
en Dolentium Hominum, 22 (1993/1) 12.

Dufour, X. L.

“Prójimo”,  
en Id. (cura),  
*Dizionario di teologia biblica*,  
Marietti, Genova 1976, coll. 1015-1017.

Dufour, X. L. (a cura di),

*Dizionario di teologia biblica*,  
Marietti, Genova 1976.

Enders, M.

“¿Dios puede sufrir? El sufrimiento  
de Dios en la teología de los Padres”,  
en *Communio*, 192 (2003) 19-33.

Fala, M. A.

“Tradizione Buddhista”  
en PANGRAZI, *Salute, malattia e morte  
nelle grandi religioni*, pp. 119-144.

Faggioni, M. P.

*La vita nelle nostre mani. Manuale di bioetica  
teologica*, Ed. Camilliane, Torino 2004.

Farge, A.

“L'existence méconnue des plus faibles”,  
en *Études*, 1 [4041] (2006), pp. 35-47.

Filippi Nella, “Le voci del popolo di Dio”,

Edacalf, Roma 2004.

Fukuyama, F.

“L'uomo oltre l'uomo. Le conseguenze  
della rivoluzione biotecnologia”,  
Mondadori, Milano, 2002.

Gameiro, A. “Ospitalità”, en Cina, G.,  
Locci, E., Rochetta, C., Sandrin, L.

(a cura di), *Dizionario di teologia pastorale  
sanitaria*, pp. 811-814.

Gómez, J.

“La asistencia a los enfermos  
en la historia de la Iglesia”,  
en Dolentium Hominum, 31 (1996/1)

Gourgues, M.  
"Le Parabole di Luca. Dalla sorgente alla foce"  
LDC, Leumann (TO), s.d.

Hultgren, A. J.  
"Le parabole di Gesù" Paidea, Brescia 2004.

Jeremias, J.  
"Le Parabole di Gesù" Paidea, Brescia 1973.

Jonas, H.  
"Il principio responsabilità. Un'etica per la  
civiltà tecnologica", Einaudi, Torino 2002.

Jonas, H.  
"Tecnica, medicina ed etica. Prassi del principio  
responsabilità", Einaudi, Torino 1997.

Juan Pablo II.  
Carta Enciclica Redemptor Hominis  
(4 marzo 1979), en ASS, 71 (1979),  
pp. 257-324.

Juan Pablo II.  
Carta Enciclica Evangelium Vitae,  
25 marzo, Ciudad del Vaticano 1995.

Juan Pablo II.  
Carta Apostólica Salvifici Doloris,  
Ciudad del Vaticano 1984.

Klein, E.  
"Les nouvelles questions posées à la Science",  
en Études, 6 [4046] (2006), pp. 774-785.

Mande, V.  
"La sofferenza nella cultura contemporanea",  
en Comolli, G. M.

Monticelli, I.  
"Manuale di Pastorale sanitaria"  
Ed. Camilliane, Torino 1999, pp. 117-123.

Maiano, V.  
"L'ateismo", en Zoltan, A. et al., "La Costituzio-  
ne pastorale sulla Chiesa nel mondo contempora-  
neo", LDC, Leumann (TO), pp. 478-508.

Messina, R.  
"Historia de los hospitales católicos"  
en Dolentium Hominum, 52 (2003/1) 80-86.

Pangrazzi, A. (a cura di)  
"Salute, malattia e morte nelle grandi religioni".  
Ed. Camilliane. Torini 2002, pp. 101-144

Petrini, M.  
"Hospital católico",  
en Cina, G., Locci, E., Rochetta, C.

Pontificio Consejo para la Pastoral  
de los Agentes sanitarios, Carta de los Agen-  
tes Sanitarios. Ciudad del Vaticano 1995.

Ramlot, M. L. Guillet, J.  
"Sofferenza", en Dufour, X. L. (cura),  
Dizionario, di teologia biblica,  
Marietti, Genova 1976, col. 1208-1210.

Ravasi, G.  
"Fino a quando signore? Un itinerario nel  
misterio del dolore e della sofferenza".  
San Paolo. Cinisello Balsamo (MI) 2002.

Ribustini, J.  
"Les structures d'assistance de l'église dans  
l'histoire. Cours études pour la missio".  
Cinquième Leçon. UPM 2004.

Rossano, P., Ravasi, G.F.,  
Girlanda, A. (a cura di)  
"Nuovo Dizionario di teologia biblica".  
San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 1988.

Rusoo, G. (A cura di)  
"Enciclopedia di bioetica e di sessuologia".  
LDC, Leumann (TO) 2004.

Sandrin L. (a cura di),  
"Dizionario di teologia pastorale sanitaria",  
pp. 800-804.

Sanna, I.  
"Mysterium Iniquitatis. Il male e i suoi volti"  
en Tangora, G., Pompili, D. (a cura di),  
"Il male e i suoi volti". Ed. S. Lorenzo,  
Reggio Emilia, s.d., pp. 123-150.

Sanna, I.  
"Immagine di Dio e libertà umana.  
Per un'antropologia a misura d'uomo".  
Città Nuova, Roma 1990.

Scaiola, D.  
"Il tema del male/sofferenza nella Sacra  
Scrittura: diversi modelli interpretativi"  
en Tangora, G., Pompili, D. (a cura di),  
Il male e i suoi volti, Edizioni San Lorenzo,  
Reggio Emilia, s.d, pp. 71-90.

Sisti, A.  
"Misericordia" en Rossano, P., Ravasi, G.,  
Girlanda, A. "Nuovo Dizionario di teologia  
biblica" San Paolo, Cinisello Balsamo (MI)  
1988, pp. 978-984.

Six, J. F.  
"Les Béatitudes aujourd'hui"  
Seuil, Paris 1984.

Spink, K.  
"Una vita di comunione. Jean Vanier e l'Arca".  
Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo (MI), 2007.

Svamini, H. G.  
"Tradizione induista" en Pangrazi, A.  
"Salute, malattia e morte nelle grandi religioni",  
pp. 101-118.

Tangora, G.  
"L'esperienza del male nella letteratura"  
en Tangora, G., Pompili, D. (a cura di),  
"Il male e i suoi volti". Edizioni San Lorenzo,  
Reggio Emilia, s.d, pp. 39-67.

Tangora, G., Pompili, D. (a cura di),  
"Il male e i suoi volti".  
Ed. San Lorenzo, Reggio Emilia, s.d.

Vanhoye, A.  
"El Buen Samaritano (Lc 10,25-37).  
Hermenéutica bíblica" en Dolentium  
Hominum, 31 (1996/1), pp. 198-202.

Varillion, F.  
"La Pâques de Jésus. Une semaine de méditation  
d'Évangile" Bayard Éditions, Paris 1999.

Varillon, F.  
« Joie de croire, joie de vivre »  
Le Centurion, Paris, 1981.

Zavoli, S.  
"Se Dio c'è. Dialogo con Piero Coda"  
Rai-Mondadori, Roma-Milano 2000.